

Guillermo de Torre

Ortega y su palabra viva



SON ya numerosos los artículos y estudios escritos sobre don José Ortega y Gasset, a raíz de su muerte, compensando así la relativamente escasa bibliografía —en proporción con la caudalosa tributada a otras figuras de su tiempo— que obtuvo en vida. Más no por ello quedan agotadas, ni con mucho, todas las facetas y dimensiones de su plural y poderosa personalidad. Quienes, a partir de la década del 20, fuimos leyendo sus libros y artículos a medida que aparecían, quienes tuvimos ocasión de escuchar pública y privadamente su palabra, asistiendo, además, a diversos momentos de su vida cotidiana, nos hallamos ahora en el deber inexcusable de no escatimar recuerdos e impresiones. Uno de los pocos privilegios que pueden dárse nos en esta época de grises niveles consiste en gozar o haber gozado la presencia próxima de ciertos hombres y ciertos momentos impares. Rendir testimonio de ellos es el mínimo pago a tal privilegio. Pues, en contra de la suposición más fácilmente compartida, la cercanía de los grandes hombres —siempre que lo sean efectivamente—, el espectáculo de su intimidad, no engendra menosprecio ni desánimo en las almas bien nacidas, ni incita precisamente a reflexionar sobre la relatividad de todos los valores. Mejor dicho, descontada esa fatal porción, cuando cada cosa se sitúa en su debido plano y es desechada toda abstracción ideal de un personaje, lo que queda, el hombre mismo, con sus

grandezas y debilidades, resulta todavía un espectáculo aleccionador, cuando no apasionante.

Sin embargo, no imagine el lector, confundido por el cauteloso introito, que estas breves páginas aspiran a tanto como a develar intimidades —siquiera sean intelectuales— de Ortega. La tarea queda reservada a los que verdaderamente convivieron con el pensador durante largos años y asistieron muy próximamente a las diversas etapas de su vida, viendo la gestación y proyección de sus ideas y actitudes. La cercanía orteguiana que yo hube de alcanzar es más parcial y relativa; es —como la de algunos otros— la cercanía del lector, del auditor de sus conferencias; es, más concretamente, la cercanía del convecino madrileño (y esto último en un sentido literal, puesto que durante varias temporadas viví en un hotel de la misma casa, en la Gran Vía madrileña, donde estaba la redacción de la *Revista de Occidente*), del estudiante, del aprendiz de escritor, colaborador de su revista y partícipe de sus tertulias. Pero esta proximidad, iniciada el día lejano en que, desertando de mi clase de Derecho Romano, en la Universidad de Madrid, entré en la suya de Metafísica, dada en un aula minúscula, con ventana a la calle de los Reyes, y ante media docena de personas; continuada luego durante varios años, ya en una relación más directa, hace que no pueda aislar al hombre de sus escritos, que al releerle siga oyendo su voz, aquella voz diestra en las vocalizaciones, matizada por ademanes sobrios, como abriendo el paso a su caudalosa fluencia ideadora.

Ortega sentía la fruición del verbo vivo, de la palabra hablada, que encuentra inmediatamente su eco o su réplica, antes que de la palabra escrita. La pululación de ideas y la multiplicidad de temas que surgían ante su mente reclamaban con urgencia la expresión oral. Alguna vez confesó íntimamente que en el fondo no le gustaba escribir: lo que le placía era hablar, teorizar, improvisar (claro es que apelando a un fondo bien provisto), y preferiblemente ante un auditorio amistoso más que ante el público compacto de las conferencias. A no haber sido por la necesidad económica —confesó también en privado— la mayor porción de su obra habría quedado sin

publicar. La forma inicial de artículos y folletones que asumieron buena parte de sus libros no reconoce más que ese origen y ese espolo inmediato. Y otro, quizá también, no declarado: el afán de influir o simplemente de persuadir, utilizando canales más amplios que el de la conversación y susceptibles de brindarle resistencias o estímulos —que, en definitiva, para el escritor vienen a ser la misma cosa.

La imagen de Ortega viene, pues, a mí asociada a su palabra viva. No hay hipérbole en decir que la conferencia fué su expresión intelectual más perfecta. Seguramente ninguno de los que oyeron a Ortega en sus días de plenitud, dejará de convenir en que ha sido el primer conferenciante, el máximo orador intelectual de nuestra época. Lo fué casi desde sus comienzos, con dotes extraordinarias que el tiempo y la experiencia perfeccionaron. Mas, por encima de ello, fueron quizá las circunstancias, la circunstancia particular de su medio y de su tiempo, el factor que acunó y favoreció inicialmente su vocación oratoria, su maestría verbal.

Es curioso que quien como Ortega se estrenó intelectualmente reaccionando contra los usos y las ideas del siglo XIX, hubiera de pagar, no obstante, ineludible tributo a algunos de aquéllos. Todavía en los años finales de esa centuria sólo había en rigor dos medios de acceder al renombre, a la posesión de un real influjo sobre el público en España: el foro y la política. Vehículo de ambos: la oratoria. Es decir, aquel arte, aquella aptitud que precisamente había caído en el mayor descrédito por el uso abusivo que de ella hicieron la demagogia, la sofistería, la charlatanería capciosa. Y, sin embargo, no olvidemos que la elocuencia es un arte literario y pensante de nobilísimo abolengo. Recuérdese que su disciplina, la Retórica, relacionada con la Dialéctica, tiene sus normas trazadas desde Aristóteles. Este, en su tratado sobre la Retórica, la define esencialmente como la facultad de persuadir. Desde entonces, hasta los últimos manuales de inspiración neoclásica —como, por ejemplo, el de Hermosilla—, la Retórica sigue ocupando un rango preeminente y articulándose en reglas muy definidas. El arte de persuadir o mover a

los auditorios no podía dejarse entregado al azar. Quiere ello decir que el discurso —por muy trivializado que hoy pueda parecernos— equivale a una obra de arte. En lo referente a nuestra lengua, donde se ha mantenido quizá más tiempo que en ninguna otra la herencia retórica grecorromana, el discurso vino a ser casi sinónimo de pieza literaria razonada. Todavía en el pasado siglo aplicábase el dictado de “discurso” a todo escrito crítico o teórico, y los prólogos a la Biblioteca Rivadeneyra suelen rotularse “Discursos preliminares”. El influjo de la elocuencia y aun de la grandilocuencia llega inclusive a todos los textos discursivos del siglo XIX, aunque su única exteriorización fuera la escrita. Ahí están los libros de Menéndez Pelayo —como ejemplo máximo y noble, frente a tantos otros de menor cuantía— para probarlo. Aun con ser tan elevada la grandilocuencia de que, para nuestro gusto actual, se resiente hoy su estilo, la numerosidad de períodos, el encabalgamiento de cláusulas e incisos, traduce ese puro abolengo oratorio. Es el pago tan noble como oneroso a una educación humanista de formas clásicas o neoclásicas.

En el caso de Ortega no parece excesivo afirmar que las tres cuartas famas de su prestigio y su influencia intelectual se deben fundamentalmente a la maestría oratoria. De hecho, su inicial y verdadero instrumento de expansión, antes que los artículos juveniles de *Faro* y de *El Imparcial*, fué la conferencia: desde las primeras, dadas en el “Ateneo” de Madrid y en “El Sitio”, de Bilbao (en 1909, a los veinticinco años), a la más resonante de esa época: *Vieja y nueva política*, pronunciada en el Teatro de la Comedia en 1914, recogida luego en folleto e incorporada hoy a sus *Obras completas*. ¡Cuánto brío, cuánto ímpetu polémico y qué honda preocupación española trasunta esa pieza oratoria! Todo ello sin olvidar sus cualidades formales, su belleza, originalidad y elegancia literarias, desde luego más penetrantes aún para quienes escucharon oralmente vertida la conferencia que para quienes sólo alcanzaron a leerla impresa. Es decir, todo lo contrario de lo que es sólito con los discursos políticos, que oídos suelen deslumbrar y luego, en una lectura posterior, aparecen

lLENOS de grietas. Ahí precisamente reside el secreto de la perfección oratoria orteguiana.

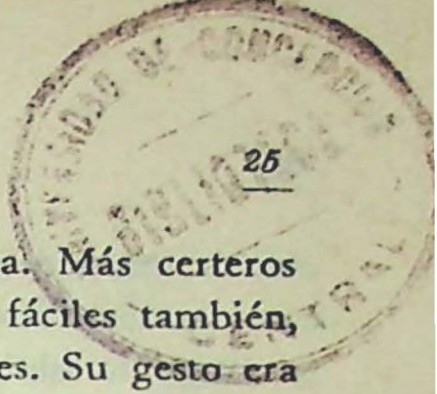
Ahora bien, es tiempo ya de aclarar que el arte retórico de este meditador nada tenía de común con las habituales maneras retóricas, ni literarias ni políticas. Jugoso, denso, ceñido, sin perífrasis ociosas ni tiempos muertos. Las palabras se ordenaban de modo sereno y rítmico, en formas frescas, nuevas, pero nunca desconcertantes. El pensamiento nutría y guiaba el estilo, pero ambos guardaban siempre un equilibrio prodigioso. De ahí que en Ortega no exista pugna sustancial entre el artista y el filósofo, sino una ambivalencia perfecta. Cabalmente aquello que asombraba al auditor era la estrecha trabazón arquitectónica del conjunto. Y la misma armonía, en sus gestos y en su voz. Un ademán muy característico de Ortega, era la mano derecha planeando en el aire como si acompañara el remontarse de las ideas.

Maravillados ante esa perfección, los oyentes se preguntaban luego, con esa curiosidad entre admirativa y maligna que pretende descifrar la clave de una perfección: ¿arte intuitivo o estudiado? ¿Prepara este orador minuciosamente sus conferencias, a fin de dar a las palabras desde el primer momento una forma impecable, definitiva, o alcanza su perfección de modo espontáneo? La respuesta —en forma general— estaba dada desde hace siglos: *Ars additus artifex*. El artificio se suma al arte; más aún, por esencia, el arte es artificio, en el más puro sentido de la palabra, es cultura y maestría sobre una base infinita de intuición. De suerte que en la oratoria orteguiana había tanto de estudiado como de inspirado. De ahí que —servido por una poderosa retentiva— Ortega pudiera rehacer sus conferencias por escrito tal como literalmente las había pronunciado.

Puedo recordar en este punto un testimonio personal. Me refiero a su conferencia *Meditación de Don Juan* (incorporada luego, muy tardíamente, al volumen VI de sus *Obras completas*, bajo el título de *Introducción a Don Juan*). La pronunció en junio de 1921, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en aquella “colina de los chopos”, adonde afluía, para actos semejantes, la gente más calificada,

intelectual y socialmente, de la ciudad. Ortega y Gasset se hallaba entonces en su mediodía. Era la primera vez que yo oía su palabra. Mozo fervoroso, con hábitos estudiantiles, me senté en una de las primeras filas, con lápiz y cuartillas en la mano, logrando registrar, inclusive literalmente, algunos párrafos. Cuál no sería mi asombro al abrir pocos días después *El Sol* y encontrarme con un folletón de Ortega que transcribía íntegramente el mismo texto. Allí estaban párrafos como uno de los que más me habían deleitado por su plasticismo y densidad. "Es, pues, Don Juan, un símbolo esencial e insustituible de ciertas angustias radicales que al hombre acongojan, una categoría inmarcesible de la estética y un mito del alma humana. Junto a Hércules y Elena, junto a Hamlet y Fausto, en el espléndido Zodíaco de nuestros afanes, ocupa Don Juan un cuadrante e irradia perennemente en la noche del alma su patético reflejo estelar, una palpitación conmovedora de gentileza y desesperación". ¿Qué significaba tal cosa? ¿Poseía ya Ortega escrita su conferencia cuando la pronunció —sin papeles a la vista, desde luego? No, probablemente la tenía imaginada y fijada en su memoria, del mismo modo como está grabada la partitura en la mente de un pianista, y pudo luego decirla y escribirla sin alteración sustancial ni textual. Por ello, algunas páginas tuyas que faltan en las *Obras completas*, procedentes de las conferencias, podrán ser incorporadas en cualquier momento, sin más que un montaje experto, a base de las transcripciones publicadas en periódicos.

Tengo a la vista ahora, por ejemplo, entre otros recortes, el extracto de dos conferencias que Ortega pronunció en Madrid, en 1933, y cuya definitiva fijación impresa está por hacer. *¿Qué pasa en el mundo?*, se titulan. He aquí una interrogación inequívocamente orteguiana. Si la respuesta cabal está o no dada a seguido, si era y es posible reducirla a unidad satisfactoria, ya es otra cuestión. Mas lo que le importaba era su enunciado inquietante, su problemático planteamiento. Gran especialista en las cuestiones de su época, el autor de *La rebelión de las masas* era experto en tomar el pulso y la temperatura del contorno. Ese es el origen de la multiplicidad de



Ortega y su palabra viva

diagnósticos y pronósticos que verbenean en su obra. Más certeros indudablemente los primeros que los segundos. Más fáciles también, aunque lo propio de Ortega era no rehuir dificultades. Su gesto era el de un heraldo y ambiciosamente el de un augur. “¿Qué pasa en el mundo?” He ahí un rótulo general que pudiera abarcar buena parte de su obra. Explicar el mundo, su circunstancia, los cambios y sacudidas del contorno, transmutados en vivencias; tal su misión. Y, al mismo tiempo, adivinar el futuro; al menos, el inmediato. Como hombre de pupilas penetrantes, no se conformaba con ver: quería prever, anticipar a distancia. Y, al mismo tiempo, influir en el rumbo que tomaran los tiempos, pues en toda profecía hay siempre algo de imperativo.

Más de una vez se le ha reprochado esta incoercible proclividad profética, estableciendo balances entre lo que acertó y lo que erró. Se ha llegado inclusive a examinar toda la obra orteguiana en función de sus vaticinios. Así José Gaos, uno de sus discípulos, levantando un inventario de las principales ideas de Ortega, desde ese punto de vista, aun a riesgo de deformaciones. El mismo Ortega, en la conferencia citada, defendía así esta actitud: “Hay que vaticinar, porque el futuro no viene del aire y es un producto de una realidad sutil”. Actitud muy coherente en quien había afirmado repetidas veces que la vida es radicalmente quehacer, que el hombre es, en esencia, proyectos, que somos más lo que tenemos que ser que lo que ya somos y que, en suma, lo fundamental es el futuro. La vida como proyecto, la obligación de elegir, la dimensión de la libertad frente a la fatalidad del ser... : he aquí algunas ideas personales anticipadas por Ortega, que años más tarde el existencialismo propagaría.

No hay, pues, nada reprochable en la actitud vaticinadora de Ortega, enumerada como tal, como intuición y futuridad puras. Los reparos comenzarían cuando advirtamos que el estricto ademán de rasgador de tinieblas se acompaña de subrayados coactivos, dándole un carácter de ineludible forzosidad. Pero —recordando a Mallarmé— *un coup de des jamais n’abolira l’hasard*, ¡y son tan imprevisitas las jugadas del destino! Del mismo modo, la negación de una

cosa o una situación sin proponer acto seguido otra, tiene muy escaso sentido. “Esto no debe ser así...” ¿Cómo, entonces? ¡Ah, aquí ya surge la obligación de precisar, de dibujar con mano firme la nueva forma deseada! Y en esta segunda parte de la operación es donde venía a quebrar la voluntad o la lucidez orteguiana. La jactancia, como la altanería, en último extremo quizá no son tanto debilidades personales cuanto reacciones defensivas contra un medio como el español —sobre todo, en la época de formación de Ortega—, donde la llaneza degeneraba frecuentemente en chabacanería. De ahí que tampoco debemos sacar de quicio ciertos desplantes del hombre que —viéndola como algo ajeno— había escrito sobre la “soberbia española” y que le hacían creer, a veces, ser el primero y único definidor de determinadas cuestiones. “Parece mentira que de este tema no se haya ocupado nadie”, cuando, en definitiva, la averiguación exhaustiva de tal cosa estaba por hacer y cuando dando un sesgo se nos prometía: “Dejemos, por ahora, aquí este tema intacto”, sin que el esclarecimiento anunciado llegara nunca...

Pero no ahondemos cruelmente en estos flancos débiles. Contrariamente, fueron muchas, en compensación, las cuestiones que Ortega acertó a iluminar, proyectando sobre ellas luces fulgurantes. No hagamos un balance de temas bosquejados o prometidos frente a otros resueltamente abordados y esclarecidos, ya que estos últimos llenarían la más larga columna. Cuando el panorama previsto es muy vasto, fatalmente han de darse inacabamientos. Toda vida, toda mente humana tiene sus límites —temporales más que espaciales. Y Ortega, si alguna vez, pese a algunos proyectos incumplidos o libros inacabados, llegó a hacer, durante sus últimos años, un recuento de sus hazañas, habrá podido repetirse, con la conciencia intelectual en paz, estas palabras de su juventud: “El premio único, el premio suficiente, el premio máximo a que cabe aspirar es éste: poder irse tranquilo”.